Capítulo 1

−¿Qué haces ahí, niña? −dijo Ramón.

−Nada −respondió Emilia tímidamente.

−Ven, tengo algo que enseñarte −agregó él.

Con la inocencia de una niña de cinco años, se dirigió hasta donde estaba Ramón.

−¡Mira, es grande! ¿Lo quieres ver? −dijo riendo.

Con el corazón acelerado salió de casa y, sin mirar atrás, corrió lo más rápido que pudo. Emilia, a pesar de su corta edad, sabía que aquello no debió haber pasado.

Carmen no estaba en casa, siempre era igual.

Había días que desaparecía y otros que simplemente no llegaba. Y ese fue uno de esos días. Carmen no llegó.

Después de correr por varios senderos, la niña, llena de pavor, se sentó a descansar al lado de un árbol que la protegió del sol. Era un día muy caluroso en Caleu, una zona cordillerana ubicada a pocos kilómetros al noreste de Santiago, comuna de Tiltil, Chile.

Emilia despertó asustada cuando el sol ya se había escondido y recordó lo que había visto antes. Pensó en su madre, sin embargo, sabía que ella no estaba en casa. Su única salida en esos momentos era Hortensia, su abuela.

Aunque no sabía muy bien cómo llegar, caminó siguiendo su instinto. Y mientras recordaba, logró dar con aquella casa que, a la distancia, se veía pequeña comparada con las grandes montañas que la abrazaban por detrás.

Desde lejos, Hortensia divisó a una pequeña niña. Enseguida salió a su encuentro, preocupada por lo solitarios y peligrosos que eran esos prados.

Al acercarse, reconoció a su nieta.

−No puede ser, ¿es Emilia? ¡Emilia, Emilia!

−¿Qué haces aquí? −gritó Hortensia sorprendida.

−¡Abuelita, abuelita! −Emilia lloraba abrazada a Hortensia−. Me perdí. Salí a jugar, no me di cuenta y no pude volver a casa −mintió.

−¡Ay, criatura, debes tener hambre! Te daré un baño con agua caliente y prepararé algo de comer, luego tu abuelo te llevará de vuelta a casa.

Hortensia no sabía que en esa casa estaba el peor de los temores de su nieta.

Después de ese baño reparador y la improvisada cena, Emilia disfrutaba de los cálidos abrazos de su abuela, mientras el abuelo las apuraba con el caballo ensillado para llevar a la niña de regreso.

Atravesaron varios caminos. Al llegar, la niña bajó del caballo con la ayuda de su abuelo y este, sin despedirse ni preguntar por nadie, dejó a su nieta en la entrada de aquel sitio. Con temor, Emilia rodeó la casa, entró en el establo y ahí pasó la noche, en medio de la oscuridad y el frío.

***

Los animales la despertaron en la mañana.

La niña caminó hasta la ventana que daba a la cocina y vio a su madre. Se apresuró a entrar en la casa y se sintió a salvo.

−¡Mamá, mamá! −dijo llorando.

−¿Dónde te habías metido, niña? Ramón te busco hasta muy tarde −replicó Carmen molesta.

−Me perdí, mamá, y no supe cómo volver −explicó Emilia con timidez.

−Apúrate. Ve con tu hermana que está toda mojada −ordenó Carmen, sin preguntar ni siquiera donde había pasado la noche.

Emilia entró en la pieza y encontró a Ramón sentado en una silla, quien la observó sonriendo con maldad.

Obedeció a su madre y cooperó con los cuidados de su hermana. Además de la limpieza de la casa, una actividad que involucraba grandes riesgos para una niña de solo cinco años. A esa edad ya sabía hacer fuego, se ocupaba de ordenar la leña pese a todo el esfuerzo que significaba.

Y así pasaron los años de Emilia: sin infancia, sin contención ni amor. Sola en medio de personas que no supieron quererla como debían hacerlo. Creció.

Carmen pasaba muy poco en casa, iba y venía, dejaba a sus hijas a su suerte, sin remordimiento ni protección.

La vida de Emilia transcurrió en soledad, en el campo. Para suerte de ella, siempre había mucho trabajo que hacer. No tenía posibilidades de aburrirse. Trataba de aprovechar el tiempo de la mejor forma. En el mes de marzo se debía arar la tierra para la siembra. Grandes extensiones se preparaban para tan esperada ocasión. Y ahí, junto a algunos vecinos, estaba Emilia ayudando.

Había días divertidos en los que se entretenía regando el suelo mientras seguía el camino de las semillas. Disfrutaba escalando los árboles para recolectar frutas como peras, membrillos y guindos.

En esos años aprendió mucho del campo mirando a sus vecinas. A los seis años ya podía injertar árboles frutales y rosas, también preparaba ricos quesos de cabra, tortillas de rescoldo y otras delicias. Ella no sabía de juegos de niños. No jugaba con muñecas, ni con las amigas a la hora del té. Tenía la increíble capacidad de aprovechar el día a día y sacar lo mejor de cada uno de ellos, aunque a veces extrañaba a su madre y se lamentaba por su falta de amor. La quería, aun cuando Carmen no demostraba cariño. La quería. En su mente de niña, imaginaba que su madre la abrazaba por las noches, que le leía cuentos de princesas y que la hacía dormir cantándole canciones de niños. Soñaba con una sonrisa de su padre… aunque de él no sabía nada.

Las pocas veces que Carmen estaba en casa era para darle órdenes o para castigarla. Como ese día de otoño cuando Carmen llegó antes de que comenzara a salir el sol. Entró en el lugar donde dormía Emilia y la sacó de los cabellos tirándola de la cama para que prendiera fuego. La pequeña

niña no entendió nada. Aún dormida, apenas podía sostenerse, pero debió salir a buscar leña y enfrentarse al frío del amanecer, aquel que atravesaba los huesos y erizaba su piel. Sin abrigo y descalza siguió las órdenes de Carmen. Para mala suerte de Emilia, cada vez que esa mujer estaba en casa se repetía la misma acción, una y otra vez debía prender el fuego al amanecer.

−Emilia, ¿qué pasa con el fuego? −gritó Carmen.

−Mamá, por favor, me siento mal. Me duele el cuerpo −suplicó Emilia con temor.

Apenas terminó la oración, sintió un golpe en la espalda y gritó de dolor.

−¡No, mamá, no!, ¡por favor! −gritó para que su madre se detuviera, pero Carmen estaba ensañada, presa de su rabia.

La niña corrió en dirección al rancho, asustada, y comenzó a hacer fuego. Pero nada de eso sirvió. Carmen, con más rabia, siguió golpeándola con una varilla de guindo larga y dura. La pequeña logró escapar por el patio, a los terrenos de una vecina, donde se refugió solo por un momento, pues Carmen la encontró.

−¡Vecina, basta! ¿Por qué golpeas de esa forma a tu hija? −gritó la señora.

−¡Tú no te metas! ¡A esta niña le hacen falta unos cuantos azotes para que entienda quién es la que da las órdenes! −vociferó Carmen.

−Sal de aquí, estás en mi casa −respondió la vecina.

La vecina, una señora mayor de aspecto cansado y manos temblorosas, fue la salvación en ese momento para Emilia que la abrazaba aterrorizada.

Carmen había abusado de su poder y su fuerza al atacar a esa pequeña que no era capaz de defenderse. Era un ángel que no tenía la culpa de nada.

***

Durante varias horas Emilia permaneció junto a esa mujer que le brindó un momento de paz, la alimentó y le dio el abrigo que necesitaba. Al rato, ambas caminaron rumbo a la casa de Hortensia.

Al llegar, Emilia corrió hacia donde estaba su abuela y, llorando, la abrazó.

−¿Qué pasa, criatura? ¡Tranquila, tranquila! −Hortensia trató de calmarla.

−Señora Hortensia, disculpe que venga hasta su casa tan temprano. Hoy, al amanecer, su hija golpeó a la niña. Traté de curar sus heridas. ¡Mire usted como quedo! −dijo horrorizada.

Hortensia abrió los ojos, estupefacta

Emilia le contó paso a paso cómo fue ocurriendo todo y, suplicante, le pidió que no la dejara regresar.

−Mi niña, tranquila. Hablaré con tu madre, esto no debe continuar −sentenció.

La niña, con los ojos hinchados de tanto llorar, se quedó dormida. Durante esos minutos, Hortensia aprovechó para llegar hasta la casa de su hija. La enfrentó por primera vez y le exigió que dejara de golpear a su nieta.

Carmen, al verse amenazada, prometió a su madre que no lo volvería a hacer. Con ese compromiso de palabra, Hortensia se sintió más en calma. Aunque en el fondo de su corazón, sabía que el arrepentimiento de su hija no era por temor a perder a su Emilia, sino más bien por temor a que la detuvieran.

Capítulo 2

Una semana estuvo Emilia en casa de su abuela, hasta que Carmen llegó sin decir ninguna palabra, sin una caricia, ni disculpa. Se la llevó. Durante las semanas siguientes, la vida de esa pequeña continuó como siempre. Su día a día era siempre igual: despertarse al alba ayudando en todo, preocuparse de su pequeña hermana, ver los animales y recoger huevos. Para Emilia eso era bueno, porque se la pasaba ocupada y eso le ayudaba a olvidar, olvidar la indiferencia y frialdad de aquella mujer que le dio la vida.

−¡Emilia, Emilia! −gritaba Carmen.

−Aquí estoy, mamá.

−Voy a ir a trabajar. Seguro terminaré de madrugada.

Emilia debió quedarse en casa al cuidado de su pequeña hermana, preocuparse de su comida y abrigo.

Llegó la noche y Emilia había logrado hacer dormir a la pequeña. La recostó en su cuna y se fue a la cocina en busca de un vaso de leche. En ese momento, se abrió la puerta. Emilia se quedó petrificada en el banco de la cocina. Sabía que

era Ramón. Con temor, terminó rápido su leche y se escondió en su pieza, se acostó tapándose hasta la cabeza. «Que no entre, que no entre, que no entre» repetía una y otra vez en su cabeza.

En la oscuridad de aquel lugar, vio a Ramón mirándola. Este avanzó y, sin remordimiento ni razón, la ultrajó con la única intención de saciar sus instintos. Esa noche le quitó la inocencia a una criatura que no tuvo opción de defenderse. No tuvo ni siquiera la opción de llorar, ni gritar, pues ese hombre ruin le tapó la boca sin importar si Emilia podía respirar.

Al culminar, se levantó dejándola tirada sobre la cama, con dolor, con miedo y con un destino que comenzaba lleno de angustia y tristeza.

Apenas con siete años a Emilia le tocó vivir la peor pesadilla que una niña pueda imaginar.

No sabía qué hacer ni adónde ir. Era muy tarde para correr donde vivía su abuela y sentía miedo de que Ramón la tomara otra vez.

De tanto llorar en silencio, se quedó dormida en el mismo techo que su agresor. Sola y desesperada.

***

A la mañana siguiente despertó, pensando que había sido solo un mal sueño, pero rápidamente se dio cuenta de que era real. Las sábanas de aquella cama dejaban al descubierto el infierno que había vivido.

−¡Emilia!, ¿qué haces aún en la cama? ¡Levántate niña, ve a buscar huevos! −gritó Carmen.

Emilia corrió a abrazarla mientras lloraba desconsoladamente.

−¿Qué te pasa, Emilia? ¡Suéltame ve a buscar lo que te pedí! −le ordenó sin preocuparse por el llanto de su hija.

−¡Mamá, mamá, él me hizo daño! ¡Mamá, me duele mucho!

−¿Qué estás diciendo, niña? ¿Cómo se te ocurre inventar algo así? ¡Te prohíbo que vuelvas a repetirlo! −le gritó Carmen furiosa.

En ese momento, Emilia se dio cuenta de que su vida había cambiado para siempre.

Seguía llorando e insistiendo, pero Carmen sin ningún tipo de preocupación siguió cocinando. Irritable, molesta, miraba por la pequeña ventana que tenían en la cocina. Sabía que lo que había dicho su hija era cierto, pero nada hizo al

respecto. Era más fácil fingir que nada había pasado que tener que afrontar esa realidad.

Para Emilia, sin embargo, el día se detuvo. Lamentablemente el acto de aquella noche siguió ocurriendo por muchos años más, en las montañas donde nadie podía escuchar los llantos de súplica de la menor.